

La frontera norte mexicana y sus demonios

Gabriel Trujillo Muñoz*

Fecha de recepción: 2018-12-20
Fecha de aceptación: 2019-03-19

*En la noche que envuelve su negrura
Alrededor del sueño a que me ciño,
Mientras mi corazón grita su duda
Mi patria peregrina va conmigo.
Alejándome voy de dura tierra
Y hacia otra dura tierra me encamino,
Mas latiendo en el fondo de la entraña
Mi patria peregrina va conmigo.*

Pedro Geoffroy Rivas**

En la tarde y noche del 14 de noviembre de 2018, los tijuanaenses, los residentes de la zona llamada Playas de Tijuana en la frontera norte de México, mostraron, de una manera brutal, de una forma agresiva, lo que muchos mexicanos piensan: que estamos siendo invadidos por los migrantes centroamericanos que recorren el país, de sur a norte, en grandes caravanas y cuyo objetivo es pedir asilo en los Estados Unidos. Como los peores exponentes de la xenofobia actual, los tijuanaenses gritaban que los migrantes eran puros criminales, que no los querían en sus comunidades, que se largaran de su vista de inmediato. Su discurso es el mismo discurso racista de Berlusconi o de Le Pen: un nacionalismo espurio, un patriotismo violento que no tiene más razones que su miedo a los otros, que su odio al extranjero.

Los distintos órdenes de gobierno en vez de poner en marcha un plan de contingencia ante la llegada de miles de migrantes a la entidad, en vez de calmar los ánimos y pedir la convivencia pacífica ante una situación socialmente explosiva, prefieren lavarse las manos o hacer declaraciones aterradoras, como la de Juan Manuel Gastélum, presidente municipal de Tijuana, que llama indeseables a los migrantes y asegura que blindará la ciudad poniendo retenes que impidan el paso a quien no sea mexicano.

Gastélum es un Donald Trump a la medida de los sectores más retrógrados de la sociedad mexicana, un portavoz del acoso social contra los migrantes desde la ignorancia más agresiva. Los que están de acuerdo con este discurso racista, por supuesto, niegan ser racistas. Estos grupos se autodefinen como ciudadanos preocupados por la seguridad pública, cuando en realidad lo único que les interesa es mostrar su racismo como virtud civil, su sentido de exclusión como orden a rajatabla. Bajacalifornianos orgullosos de su propia intolerancia.

Es evidente que hay un discurso clasista/racista en aquellos que exigen que los centroamericanos se larguen de Tijuana, un discurso que se expresa en los reclamos contra las caravanas de migrantes: "Fuera centroamericanos" y "No los queremos aquí". Nuestros preclaros patrioteristas tijuanaenses se envuelven en la defensa de la soberanía nacional ("violan nuestras leyes al cruzar nuestro país y ya por eso todos son delincuentes") como pretexto para usar la violencia contra los migrantes. Tal vez lo que más les duele a la multitud vociferante es que estos migrantes no sean personas sumisas como antaño, no sean gente que pueda ser reprimida por la policía porque son miles y los medios de todo el mundo cubren cada detalle de su peregrinaje. Quizás eso sea. Porque si antes llegaba un centroamericano en solitario era fácil hacerlo blanco de abusos sin cuento, de injustos castigos y penalidades sin que a nadie le importara su suerte.

No es la primera vez que estos rasgos de intolerancia y racismo se dan en la frontera norte y especialmente en Baja California. Ya en 1943, el escritor José Revueltas (1914-1976) descubrió que en muchos restaurantes de las zonas turísticas, específicamente

*Mexicali, Baja California, 1958. Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2011. Ha publicado cerca de 150 libros de poesía, ensayo, crónica, periodismo cultural, narrativa criminal, histórica, fronteriza, de ciencia ficción y fantasía. Ha sido pionero en la investigación de géneros como la novela policiaca y la literatura de ciencia ficción en México.
**Poeta salvadoreño que residió en Tijuana durante la Segunda Guerra Mundial.



de Mexicali y Tijuana, no se permitía la entrada a los afroamericanos con el pretexto de no contrariar a la clientela blanca de esos establecimientos. En los años ochenta del siglo pasado, el periodista de Tijuana, Héctor Félix Miranda, ante la llegada de migrantes provenientes de la ciudad de México, a los que se les llamaba despectivamente chilangos, creó una campaña en su contra con el lema: "Haz patria: mata a un chilango". No son nuevas, entonces, las actitudes racistas en Baja California. Lo que es nuevo es que el odio furibundo a los extranjeros llegue a tal nivel de virulencia comunitaria, que la agresividad pública contra los migrantes se vea con buenos ojos, sea símbolo de unidad ciudadana, de política oficial sancionada por las propias autoridades. Eso habla del ánimo social prevaleciente en muchas partes del país, y también del aterrador futuro que nos espera.

Hoy podemos decir que el huevo de la serpiente fascista se ha roto, que ya está a la vista de todos: ahora grita y amenaza desde su ira incontenible. Ante la falta de gobierno en todos los niveles (federal, estatal y municipal) que destraben un conflicto en marcha, que detengan la violencia antes de que esta escale, sólo queda ver, con tristeza, con pesar, que haya tan pocas voces en la comunidad bajacaliforniana que salgan en defensa de los centroamericanos. Se olvida lo incongruente de tales reclamos en una entidad hecha por migrantes venidos de todos los rincones del mundo, construida por chinos, japoneses, italianos, hindúes, españoles, alemanes, salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses, británicos, argentinos, estadounidenses, coreanos, franceses y tantos otros. Sin ellos no existirían ciudades como Tijuana o Mexicali, como Ciudad Juárez o la propia ciudad de México. Urbes levantadas por gente que aquí, entre nosotros, con su sola voluntad de seguir adelante, de no darse por vencida, comenzaron una nueva vida en pro del bien común.

Los migrantes centroamericanos actuales, los que abarrotan ahora mismo los al-

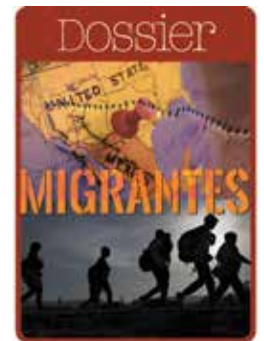
bergues y las calles de nuestras ciudades, no nos están invadiendo con fines aviesos, no son la amenaza que unos pocos, desde su historia nacionalista, aseguran: su presencia sólo nos recuerda, de manera perentoria, en avalancha continua, que ellos también son parte de una historia de esfuerzo por rehacer sus vidas, de una cadena de trabajo y sacrificio llamada progreso, llamada humanidad. ¿Quién puede pretender quitarles ese derecho, negarles tal esperanza?

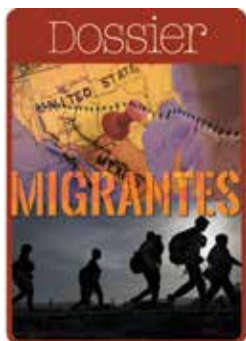
Por décadas, los artistas bajacalifornianos hemos dicho que el arte y la cultura crean puentes, unen a los seres humanos sin importar sus diferencias. Pero esto no ha sido suficiente o esa promesa de unión a través del arte es una falacia. Lo vemos ahora mismo en nuestro estado: una parte de nuestra sociedad odia a los extranjeros, se indigna ante la presencia de los migrantes en su entorno. Varios sectores de la comunidad prefieren levantar muros y retenes que cruzar puentes. Y esa es una falla monumental de nuestro sistema político, económico y educativo. Un fracaso cultural que todos pagaremos tarde o temprano.

Hoy Tijuana es nuestro Múnich. Aquí comienza el culto al mexicano infalible, orgulloso de sus fobias, creyente de su inmaculada superioridad. ¿Ya escuchan el paso de ganso de sus manifestaciones? Hoy van en contra de los migrantes centroamericanos. ¿Mañana..?

Me acosté pensando que Baja California era una entidad moderna y progresista. Me levanté viendo que Baja California es un caldo de cultivo de la xenofobia más virulenta, de la histeria más temible.

¿Quién alienta a la bestia del odio? ¿Quién la azuza para ocupar el espacio público como cosa normal, como alegato irrefutable? ¿Cuántos políticos, cuántos empresarios, cuántos funcionarios públicos no están felices por volver a la mano dura, a la ley inflexible, al orden a cualquier precio? ¿Cuántos dictadores embozados hay en





nuestra ciudadanía? ¿Cuántos verdugos se disfrazan de patriotas con tal de consumir sus actos represivos?

Ahora entiendo a los defensores de la integridad nacional de 1911, a los porfiristas bajacalifornianos que pusieron el grito en el cielo cuando los revolucionarios floresmagonistas llegaron a su santuario de orden implacable, de paz dictatorial. Imagínense al ejército liberador anarcosindicalista, conformado por afroamericanos, extranjeros andrajosos e indios que querían respeto para sus pueblos. Para muchos bajacalifornianos de aquellos tiempos los revolucionarios eran la peor pesadilla: la broza, la plebe, los intocables que habían llegado hasta la puerta de sus casas. Imagínense el odio que debieron mostrar ante la revolución que se les venía encima. El miedo que debieron sentir ante la libertad en persona.

Las incitaciones al odio y las mentiras descaradas no son cosa nueva en nuestra entidad: son parte de una larga cadena de discriminaciones y xenofobia que se alimenta del hartazgo ciudadano, de la indignación comunitaria. Son parte de una historia de intolerancia que viene de muy lejos, cuando los bajacalifornianos eran represores que defendían sus privilegios con la pistola en la mano, con la ley fuga. Lo que ahora sucede es polvo de aquellos lodos.

Las autoridades bajacalifornianas avisan que no tolerarán ninguna violación a la ley por parte de los migrantes mientras vociferan sus propias violaciones a la ley. Tenía razón el poeta salvadoreño Pedro Geoffroy, un migrante que llegó a Tijuana a mediados del siglo XX:

“Alejándome voy de dura tierra/Y hacia otra dura tierra me encamino”.

¿De cuándo acá el migrante es un peligro para México?

¿De cuándo acá el extranjero nos aterroriza?

¿De cuándo acá nos volvimos unos hipócritas cascarrabias?

De nuevo las redes sociales como voceras del linchamiento mediático. Es impresionante descubrir que muchos de los tijuaneños que protestan contra los migrantes ni siquiera los han tratado. Es lo que han visto en internet lo que los ha llevado a tenerles miedo, a sentir odio contra ellos, a salir a la calle a gritar que se marchen. Pero también es cierto que estamos ante amplios sectores sociales que sólo se alimentan de las opiniones ajenas, que carecen de discernimiento para analizar el mundo que los rodea, las ideas históricas que están circulando, las imágenes denunciadoras que los inundan las 24 horas del día.

Ya es hora de mirarnos de frente y contemplar lo que somos: una sociedad escindida, llena de muros entre nosotros, de reñenes para no dejar pasar a los indeseables, de leyes que sólo sirven para dividirnos. Lo realmente pernicioso no son los que vienen de fuera: es el corazón de las tinieblas que late en nuestro pecho, los demonios que nutrimos con nuestra propia ignorancia.

¿Cómo llegamos a cultivar el egoísmo y la codicia, la vileza y la crueldad? ¿Quién dijo que los cuervos de la mentira no iban a picarnos lo ojos, no iban a extirparnos la razón? ¿Quién aseguró que realizar campañas de odio era un ejercicio de salud pública, una sana convivencia, una causa justa?

Los migrantes pagan los platos rotos de nuestra propia ceguera. Son los chivos expiatorios que los poderosos usan para espantar a la sociedad que se escama de todo, que no tiene más noción del mundo que sus círculos de amigos en internet, ni más explicación de la realidad que un complot.

En la frontera, el papel de víctima es mal visto. Pero el papel de verdugo, todos se lo disputan, todos quieren interpretarlo.

Lo que mucha gente no traga es que



estos nuevos migrantes conocen sus derechos, se defienden solos, no hacen reverencias. Pensándolo bien: casi no se parecen a nosotros.

Los nazis ya no usan camisas pardas: usan camisetas con logo de productos estadounidenses. No son arios, sino mestizos mexicanos que se creen arios. Pero en algo siguen iguales: en sus miradas destella el odio acérrimo, la más siniestra insensatez. Viven rastreando enemigos potenciales, culpables de su situación en el mundo. Ellos no tienen la culpa de nada. Ellos son ciudadanos ejemplares que jamás han violado las leyes. Ellos sólo quieren orden en vez de libertad, pretenden seguridad y no diversidad. Dicen que merecen ser escuchados. Dicen que no son violentos. Dicen.

El peor migrante es el que no se reconoce como tal, el que odia a otros migrantes sólo porque llegó antes que ellos, sólo porque ahora se cree más nativo que los propios nativos. El migrante extranjero es un blanco fácil para echarle la culpa de nuestras inseguridades sociales, de nuestros miedos colectivos, de nuestros tropiezos como nación. Son un espejo de lo que somos, pero no queremos reconocer: una comunidad en fuga que huye al otro lado y que ve a los centroamericanos como una competencia para los trabajos que aún no tenemos, para las oportunidades que aún no conseguimos. Llamarlos delincuentes es otra forma de mordernos la lengua.

En tiempos de dificultades, en épocas de incertidumbre, el racismo sale a relucir por donde menos lo esperas, la ignorancia se vuelve una tendencia a compartir, cuenta con más seguidores que nunca.

¿Quieres ser popular? Sé bronco. Di tonterías. Alimenta la paranoia de la gente. Siempre habrá quien te siga hasta la misma boca del infierno, quien aplauda tus berrinches, tus pataletas.

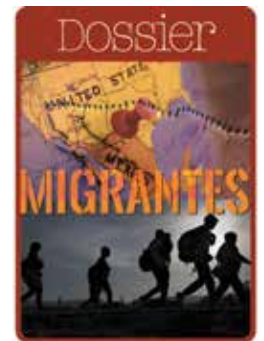
A Orson Welles le encantaría este espec-

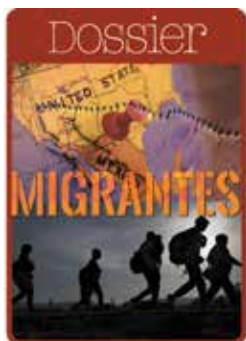
táculo de masas: gente que pone cara de pánico ante los supuestos invasores, que huye de los monstruos que ella misma se inventa.

¿Qué podemos sacar en claro de este conflicto? Que ahora sabemos las contradicciones que Baja California carga, que ahora conocemos las sombras que nuestra sociedad padece: la pústula de la intolerancia, la ceguera del racismo. Ya no podemos ignorar los males que nos aquejan. Ya no.

Así somos. ¿Para qué negarlo? Una sociedad enojada, rabiosa, que airea sus prejuicios como si estuviera en un *reality show*. Una sociedad que se cree capaz de juzgar a los demás con la mano en la cintura, que se considera más mexicana porque ondea la bandera nacional como un símbolo de exclusión. Como los nazis de Múnich en 1923, bebemos cerveza y lanzamos insultos a quien sea. Nos sentimos unidos por nuestras quejas y bravatas. Creemos tener la razón porque no queremos que nadie dispute nuestras ideas, que nadie les encuentre sus fallas, sus incongruencias. La única ley que respetamos es la ley de la fuerza.

Vivimos tiempos difíciles, precarios, inseguros. Y para colmo llegan las caravanas de migrantes. ¿Por qué se atienden sus necesidades y no las nuestras? ¿Por qué los medios los escuchan a ellos y no a nosotros? De aquí vendría, por sentido común, una protesta contra el gobierno para que cambie sus prioridades, para que atienda a todos por igual. Pero en vez de ello se ataca a los migrantes como lo peor que nos puede ocurrir. Se les acusa —horror de horrores— por hacer lo que los migrantes mexicanos han hecho por siglos: romper las leyes para sobrevivir y prosperar en el país vecino. ¿De qué nos quejamos entonces? ¿De que los alumnos centroamericanos salieron mejor que el maestro mexicano en eso de escabullirse de una nación a otra? Es hora de reconocerlo: la competencia ha llegado. ¿Es por eso nuestro enojo? ¿A eso se debe nuestra ira? Todos estos acontecimientos me re-





cuerdan a los comerciantes mexicanos del puerto de Ensenada, allá por los años treinta del siglo pasado, que al ver que los comerciantes chinos les ganaban la clientela por dar más barato y mejor servicio en sus tiendas, por la fuerza establecieron que los chinos deberían venderles sus negocios so pena de ser expulsados de Baja California por ser extranjeros perniciosos. He ahí el espíritu de nuestros ilustres antepasados: tan justos ellos, tan íntegros, tan decentes.

¿Qué es más temible: la llegada de caravanas de migrantes que, según los fronterizos, traen la violencia a su “tranquila” ciudad o el que en 2018 Tijuana tenga en su haber más de 2,300 asesinatos? ¿Quién debe tener más miedo: los tijuanaenses que ponen el grito en el cielo ante la aparición de las caravanas o los migrantes centroamericanos que se dirigen a una urbe violenta como pocas? ¿Hacia qué lado se inclina la balanza de lo criminal, la pesa del horror?

Al paso de las semanas, los migrantes centroamericanos se vuelven parte del paisaje urbano de Baja California. Por más multitud que sean, se transforman en lo mismo que los migrantes mexicanos y haitianos se convirtieron antes que ellos: en seres invisibles, en figuras borrosas. Un condimento más para el caldo fronterizo. Un nuevo sabor que se añade a la cultura nortea. Eso es la migración al final de cuentas: un acercamiento mutuo, una adaptación entre nativos y foráneos. De ella se nutre nuestra sociedad. Con ella se forja nuestro destino. Por más odios que conciten, por más protestas que provoquen, los migrantes son la sangre fresca de una comunidad en flujo continuo, en cambio permanente. Sin ellos, la frontera se habría petrificado en usos y costumbres hace mucho tiempo. Sin ellos, la frontera sería tan provinciana como el resto del país.

¿Qué diría Pablo Neruda a estos mexicanos furiosos contra los migrantes? Que están peleando contra sus propias raíces. Que están ciegos ante su propia herencia. Les diría: Latinoamérica es más grande que todas

nuestras rencillas, que todas nuestras desconfianzas, que todos nuestros abusos. Les diría: aquí hay sitio para todos.

¿Quién decide amurallar una ciudad, hacerla una fortaleza inexpugnable?

¿Quién quiere ser el ángel con espada en la mano que guarda el paraíso de Tijuana?

¿Quién usa el Himno Nacional, el lábaro patrio, para una campaña de odio?

¿Quién se pone la máscara de la legalidad sobre el rostro de la intolerancia?

¿Quién defiende una Tijuana sacrosanta de las hordas invasoras que llegan hasta su puerta?

¿Quién busca agitar a la sociedad, llevarla al paroxismo del miedo, sacar sus peores demonios en un tiempo de cambios políticos, de transformaciones sorpresivas?

¿Quién vio todo esto y guardó silencio para no meterse en líos, porque yo no soy migrante, porque no soy centroamericano, porque no es mi problema?

¿Quién puede negar que esto apenas es el comienzo de un México sólo para los mexicanos, de un México sólo para los puros, los bien portados, los derechos y las derechas?

¿Quién?